

WINSTON
CHURCHILL
Savrola



Se trata la única obra de ficción importante de Winston S. Churchill. La historia describe los acontecimientos en la capital de Laurania, un estado europeo ficticio, cuando los disturbios contra el gobierno dictatorial del presidente Antonio Molara se convierten en una revolución violenta.

Churchill comenzó a escribir la novela en su viaje de Gran Bretaña a la India para participar en la campaña de Malakand en agosto de 1897. Churchill estaba de licencia de su destino en el ejército de la India cuando tuvo noticias de los combates en Malakand e inmediatamente hizo arreglos para regresar. El libro se comenzó antes y se completó después de escribir «The Story of the Malakand Field Force» sobre sus experiencias allí. Escribió a su hermano en mayo de 1898 que el libro se había completado. El título provisional del libro era «Asuntos de Estado». Se publicó inicialmente como una serialización en «Macmillan's Magazine» entre mayo y diciembre de 1898, y luego se publicó como libro en febrero de 1900.

Savrola es en muchos aspectos un ejemplo convencional del género «ruritano», publicado sólo cuatro años después del clásico «El prisionero de Zenda», de Anthony Hope. La política y las instituciones de Laurania reflejan los valores de Inglaterra tal como los experimentó Churchill. Se ha hecho una comparación entre Molara y Oliver Cromwell, contra quien un antepasado de Churchill, también llamado Winston Churchill, luchó como capitán de caballería, algo que a Churchill le habría resultado familiar como parte de su historia familiar. La capital y sus instituciones son una miniatura de Londres, por lo que el baile estatal sigue la etiqueta de las grandes reuniones de la sociedad en Londres a las que habría asistido Churchill.

Este libro está dedicado a

LOS OFICIALES DEL IV REGIMIENTO
DE HÚSARES DE LA REINA,

en cuya compañía el autor vivió durante
cuatro felices años.

ADVERTENCIA PRELIMINAR

Esta narración fue escrita en 1897 y ha sido publicada, por capítulos separados, en el *Macmillan's Magazine*. Puesto que no obtuvo una acogida desfavorable, he resuelto publicarla en un solo volumen y la someto con una gran emoción al juicio o a la clemencia de los lectores.

Winston S. Churchill

CAPÍTULO PRIMERO

UN ACONTECIMIENTO DE IMPORTANCIA POLÍTICA

Había caído un fuerte aguacero, pero el sol brillaba nuevamente a través de las aberturas de las nubes y arrojaba ligeras sombras cambiantes sobre las calles, las casas y los jardines de la ciudad de Laurania, Todo brillaba con un brillo húmedo bajo, la luz del sol; el polvo había desaparecido; el aire era fresco; los árboles parecían reverdecidos y agradecidos. Era la primera lluvia de los calores veraniegos, y marcaba el principio de aquel delicioso clima otoñal que había hecho de la capital lauraniana el hogar de los artistas, los inválidos y los sibaritas.

El aguacero había sido intenso, más no lo suficientemente para dispersar a la muchedumbre que se había agolpado en la gran plaza situada ante el edificio del Parlamento. La lluvia fue recibida con agrado, pero no modificó la expresión de enojo y ansiedad de los reunidos; los había calado sin enfriar su entusiasmo. Evidentemente, un acontecimiento de importancia se estaba realizando. El hermoso edificio en que los representantes del pueblo acostumbraban reunirse, tenía un aspecto de sombría solemnidad, que los trofeos y las estatuas con que un pueblo antiguo y amante del arte había decorado su Jadiada, no podían disipar. Un escuadrón de Lanceros de la Guar-

El día Republicana estaba alineado al pie de las grandes escaleras, y un numeroso cuerpo de infantería mantenía un ancho espacio abierto ante la entrada. El pueblo, situado detrás de los soldados, completaba el resto del cuadro: se agolpaba en la plaza y en las calles que a ella conducían; muchas personas habían trepado a los diversos monumentos que el gusto y el orgullo de la República había elevado a la memoria de sus venerables héroes, y los cubrían tan completamente, que parecían promontorios de seres humanos; aun los mismos árboles tenían sus ocupantes, y las ventanas y los tejados de las casas y de los departamentos que rodeaban el lugar de la escena se hallaban atestados de espectadores. Era una extensa multitud, vibrante de ansiedad. Excitadas emociones surgían entre la muchedumbre y se propagaban a través de ella del mismo modo que las turbonadas ruedan sobre la superficie de un mar tempestuoso. Acá y acullá, algún hombre encaramado sobre sus semejantes, dirigía una arenga a aquéllos hasta quienes su voz podía llegar, y un alarido o unos aplausos alcanzaban a los millares de personas buscando algo que diera expresión y forma a sus sentimientos.

Era un gran día en la historia de Laurania. Durante cinco largos años el pueblo había sufrido, desde la Guerra Civil, la violencia de un régimen autocrático. El hecho de que el Gobierno fuera fuerte y el recuerdo de los desórdenes del pasado, habían influido poderosamente en la imaginación de los ciudadanos más moderados. Pero desde el primer momento había habido murmuraciones. Había muchos ciudadanos que habían manejado las armas en defensa del bando perdedor en la larga lucha que había terminado con el triunfo del Presidente, Antonio Melara. Un gran número de entre ellos había sufrido ofensas o confiscaciones; otros habían sido encarcelados; muchos, habían perdido amigos y parientes, quienes, con su último aliento, les habían pedido que continuaran indeclinable-

mente la guerra. El Gobierno había comenzado a actuar con implacable enemistad y su mando había sido riguroso y tiránico. La antigua Constitución, tan amada por los ciudadanos, y de la que tan orgullosos se mostraban, había sido advertida. El Presidente, alegando la subsistencia de la subversión, se había negado a invitar al pueblo a que enviase a sus representantes a la Cámara que durante tantos siglos había sido considerada como el baluarte más seguro de las libertades populares. De este modo, los descontentos aumentaron día tras día, año, tras años: el Partido Nacional, que en los primeros momentos se componía solamente de un pequeño número de supervivientes del bando derrotado, comenzó a extenderse hasta convertirse en la fracción más numerosa y más potente del Estado; y, filialmente, había encontrado un jefe. La agitación se propagaba por todas partes. La copiosa y turbulenta población de la capital se consagraba enteramente a la causa de la insurrección. Las manifestaciones públicas se sucedían, los tumultos seguían a los tumultos, y hasta el ejército mostraba síntomas de inquietud. Al fin, el Presidente decidió hacer concesiones. Se anunció que el día primero de septiembre serían, expuestas las listas electorales y que se concederla al pueblo una ocasión de expresar sus deseos y sus opiniones.

Esta promesa había satisfecho a los ciudadanos más pacíficos. Los extremistas, hallándose, en minoría, alternaron su anterior modo de combate. El Gobierno, aprovechando el momento favorable, detuvo, a varios de los jefes de oposición más violentos. Otros, que habían tomado parte en la guerra civil y que regresaron del exilio para tomar parte en la rebelión, volaron hacia las fronteras que cruzaron para defender sus vidas. Una severa búsqueda de armas había dado motivo a importantes aprehensiones. Las naciones europeas, que observaban con interés y con ojos inquietos el barómetro político, adquirieron convencimiento de que la posición del Gobierno se fortalecía.

Mas, entretanto, el pueblo esperaba, silencioso y expectante, el cumplimiento de la promesa.

Y finalmente llegó el día. Los preparativos para el llamamiento a los setenta mil espectadores varones con el fin de que pudieran emitir sus votos, habían sido llevados a cabo por los funcionarios públicos. El Presidente, según prescribía, la costumbre, había de firmar personalmente la convocatoria que se hacía a los fieles ciudadanos. Los llamamientos para la elección serían expedidos a los diferentes distritos electorales de la capital y de las provincias, y aquéllos a quienes la antigua ley concedía este privilegio, emitirían su veredicto sobre la conducta del que los Populistas llamaban con amargo odio: el Dictador.

Este era el momento que la multitud estaba esperando. Aun cuando en ocasiones sonasen vivas y aplausos, la espera se realizaba en su silencio casi continuo. Hasta en él momento en que el Presidente había pasado a su lado, Camino del Senado, se abstuvieron de gritar: a los ojos de la muchedumbre, el Presidente abdicaba virtualmente en aquellos momentos, y esto les daba cumplida satisfacción. _Las costumbres, honradas por el paso del tiempo, y los derechos, tan queridos y respetados durante tantos siglos, iban a ser restaurados, y una vez más, un Gobierno democrático triunfaría en Laurania.

Inesperadamente, apareció en lo alto de las escaleras, donde el pueblo pudo verle, un joven, con el traje desordenado y el rostro enrojecido por la cólera. Era Moret, uno de los miembros del Ayuntamiento. El pueblo le reconoció inmediatamente, y un estruendoso vítor se elevó. Muchos de los que no podían verle se unieron al clamor, que resonó y se extendió por la plaza como reflejo de la satisfacción de la nación. Moret gesticuló con vehemencia, mas sus palabras, si pronunció alguna, se perdieron entre él vocerío. Otro hombre, un ujier, le siguió apresuradamente, le puso una mano sobre el hombro, pareció ha-

blarle con ansiedad, y le dirigió hacia atrás, hacia las sombras. La multitud continuó aplaudiendo.

Una tercera figura surgió a la vista de la muchedumbre: un anciano vestido con los ropajes de la, dignidad municipal se encaminó, o más bien, avanzó escaleras abajo, vacilante, en dirección al coche que había, sido llevado para recogerle. Nuevamente sonaron las aclamaciones:

—¡Godoy! ¡Godoy! ¡Viva Godoy, el campeón del pueblo! ¡Hurra! ¡Hurra!

Era el Alcalde no de los más fuertes y más estimar dos miembros del Partido de la Reforma. Entró en su coche y avanzó, por el espacio abierto y mantenido, por los soldados, hacia la multitud, la cual, todavía aclamándole, le abrió paso respetuosamente.

El coche era abierto, y pudo verse fácilmente que el anciano se hallaba dolorosamente emocionado; Su rostro estaba cubierto de palidez y su boca se contraía con una expresión de pesar y de enfado, Todo su organismo temblaba por efecto de la reprimida emoción La multitud le había acogido con aclamaciones, mas, muy pronto, al observarlo, se sintió impresionada por su aspecto alterado y su dolorida expresión. El coche fue rodeado de personas que gritaban:

—¿Qué ha sucedido? ¿Marcha bien el asunto? ¡Habla, Godoy, habla!

Mas Godoy no quiso contestar y, temblando de agitación, ordenó al cochero que acelerase la marcha. La muchedumbre le abrió paso lentamente, sombríamente, pensativamente, como hombres que tomasen importantes resoluciones Había sucedido algo imprevisto, siniestro, vejatorio; todos se hallaban ansiosos por saber lo que sería.

Y entonces comenzó un periodo de rumores turbulentos. El Presidente se había negado a firmar la convocatoria; se había suicidado; las tropas habían recibido la orden de disparar; las elecciones no se celebrarían; Savrola había sido detenido, según una versión, en el propio Sena-

do; y según otra, había sido asesinado. El murmullo de la multitud se convirtió en un sordo y disonante zumbido de creciente indignación.

Finalmente, llegó la respuesta. Había una casa que recaía, sobre la plaza, y que estaba separada de la Cámara de Representantes solamente por una estrecha calle; esta calle había sido mantenida libre de ciudadanos por las tropas, con el fin de facilitar el tránsito. Moret, el joven miembro del Ayuntamiento, apareció en uno de los balcones de la casa, y su aparición pareció constituir la señal para el estallido de una tempestad de gritos ansiosos, atronadores, procedente del vasto concurso, Moret levantó ambas manos en petición de silencio, y unos momentos más tarde los que se hallaban próximos a él pudieron oír sus palabras:

—¡Os han traicionado! Es un fraude cruel... Las esperanzas que hemos abrigado se han desvanecido... Todo lo que hemos hecho ha sido en vano... ¡Burlados, burlados, burlados...! —Los rotos fragmentos de su discurso llegaron hasta muy lejos entre la masa de seres indignados. Y, finalmente, Moret pronunció a gritos una frase que fue oída por millares de hombres y repetidas por otros varios millares—: ¡Las listas de ciudadanos han sido mutiladas, y han desaparecido de ellas los nombres de más de la mitad de los votantes! ¡Defiende tus derechos, oh, pueblo de Laurania!

Hubo silencio durante un instante y después un alarido de indignación, de disgusto y de determinación brotó de la muchedumbre.

En aquel momento, el carruaje presidencial, con sus cuatro caballos, sus postillones vestidos con la librea republicana, y una escolta de Lanceros se aproximaron al pie de las escaleras mientras del interior del Parlamento surgía una notable figura. Iba vestida con el uniforme, espléndido, azul y blanco, de los generales del ejército lauriano; en su pecho resplandecían las medallas y las con-

decoraciones; su enérgica y fuerte fisonomía reflejaba serenidad. Se detuvo un momento antes de descender hasta el carruaje, como si con ello quisiera conceder a la turba una ocasión de silbar y gritar a su satisfacción, y cambió unas palabras indiferentes con su acompañante, el señor Louvet, el Ministro del Interior. Señaló una o dos veces a las masas agitadas, y luego descendió lentamente las escaleras. Louvet se había propuesto acompañarle, pero oyó el rugido del tumulto y recordó que tenía que atender algunos asuntos urgentes en el Senado, que no podían ser retrasados; el otro hombre bajó solo. Los soldados presentaron armas. Un aullido de indignación se elevó del pueblo. Un oficial montado, sentado impasiblemente en su caballo, una máquina inexorable, se volvió para dar una orden, a un subordinado. Varias compañías de soldados de a pie comenzaron a desfilar desde la calle situada a la derecha del Parlamento y se alinearon en el espacio abierto, que ya estaba parcialmente invadido por la multitud.

El Presidente entró en su coche, el cual, precedido por un escuadrón de lanceros, comenzó a marchar con rapidez. Tan pronto como el carruaje llegó al límite del espacio abierto, la multitud inició una acometida.

La escolta se concentró.

—¡Atrás! —gritó un oficial. Su orden no fue obedecida—. ¿Queréis apartaros, o preferís que os apartemos? —añadió con voz aún más áspera. La multitud no retrocedió ni siquiera un paso. El peligro, era inminente.

—¡Impostor! ¡Traidor! ¡Embustero! ¡Tirano! —gritaron muchas voces, que pronunciaron, también, otras muchas expresiones excesivamente rudas para que puedan ser impresas—. ¡Devuélvenos nuestros derechos... los derechos qué nos has robado!

Y entonces, alguien, uno cualquiera, disparó al aire un revólver desde las últimas filas de la multitud. El efecto fue instantáneo. Los lanceros abandonaron sus puestos y saltaron hacia delante. Gritos de indignación y de terror bro-

taron de todas partes. El populacho huyó ante la caballería; muchos hombres, cayeron a tierra y fueron pisoteados mortalmente; otros, fueron derribados y heridos por los caballos; unos cuantos, fueron alanceados por las tropas. Fue una escena horrible. Algunos arrojaron piedras, y otros varios dispararon tiros al azar. El Presidente permaneció inalterable. Rígido y osado, contempló el tumulto del modo de que suele contemplarse una carrera en la cual no se han hecho apuestas. Una piedra le arrebató el bicornio, y un reguero de sangre indicó el lugar de su mejilla en que el proyectil había golpeado. Durante algunos momentos, el desenlace pareció incierto. La multitud podría arremeter contra el carruaje, y entonces... ¡Ser despedazado por la chusma! Había otros muchos modos de morir más agradables. Mas la disciplina de las tropas venció todos los obstáculos, la actitud del hombre pareció intimidar a sus enemigos, y la multitud retrocedió sin dejar de gritar.

Entretanto, el oficial que mandaba las tropas que rodeaban el Parlamento, alarmado por los movimientos de la multitud, que vio que se dirigían contra el carruaje del Presidente, decidió utilizar una diversión estratégica.

—Tendremos que disparar contra ellos —dijo el comandante, que se encontraba a su lado.

—¡Excelente! —replicó este oficial—. Eso nos permitirá terminar esos ensayos de penetración que hemos estado haciendo con balas, blandas. Un experimento muy útil, señor. —Y volviéndose hacia los soldados, pronunció varias órdenes—. Un experimento notabilísimo —repitió.

—Un poco caro —respondió el coronel secamente—. Y con media compañía habrá suficiente, mi comandante. Sonó un redoble de recámaras al ser cargados los fusiles. Las personas que se encontraban más próximas a las tropas iniciaron una lucha alocada para huir de la amenazadora descarga. Un hombre, un hombre con sombrero de paja, se mostró tranquilo y se adelantó unos pasos.

—¡Por amor de Dios, no disparéis! —dijo—. ¡Tened piedad! ¡Nos dispersaremos!

Hubo una pausa momentánea, una orden enérgica y una nutrida explosión, seguida de alaridos. El hombre del sombrero de paja se dobló hacia atrás y cayó de espaldas en el suelo. Otras figuras se abatieron también y quedaron inmóviles, retorcidas, en curiosas posturas. Todo el mundo, excepto los soldados, huyó. Afortunadamente, la plaza tenía muchas salidas, y unos minutos más tarde estaba desierta. El coche del Presidente avanzó a través de la fugitiva multitud hacia las puertas del Palacio, que estaban guardadas por más soldados, y las cruzó raudamente.

Todo había concluido. El espíritu de la multitud había sido quebrantado, y la amplia extensión de la Plaza de la Constitución quedó punto menos que vacía. Cuarenta cuerpos humanos y varios cartuchos descargados descansaban inmóviles sobre el pavimento. Unos y otros habían desempeñado su papel en la historia del desarrollo de la Humanidad, y salieron del campo de los cuidados de los hombres vivientes. Sin embargo, los soldados recogieron los cartuchos vacíos, e inmediatamente llegaron varios policías con unos carros y se llevaron los otros objetos. Y la tranquilidad reinó de nuevo en Laurania.

CAPÍTULO II. El Jefe del Estado

EL JEFE DEL ESTADO

El carruaje y su escolta atravesaron, el antiguo portillón y, después de cruzar un ancho patio, se detuvieron ante la entrada al Palacio. El Presidente descendió. Comprendió la importancia que para él tenía, el conservar el apoyo y la buena voluntad del ejército, y se dirigió recatamente hacia el oficial que mandaba a los lanceros.

–Confío en que ninguno de sus hombres habrá sufrido ningún daño; ¿es así? –le preguntó.

–Nada importante, General –contestó el subalterno.

–Ha mandado usted a sus tropas con gran acierto y valor. Es cosa que recordaremos. Pero es fácil dirigir a hombres, valientes; tampoco serán olvidados. ¡Ah, coronel!, hace usted bien en venir a mí. Había previsto que tendríamos algunos disgustos con las clases desafectas al régimen, tan pronto como se hiciera público nuestro propósito de seguir manteniendo la ley y el orden en el Estado. – Estas últimas palabras fueron dirigidas a un hombre moreno, bronceado, que había entrado apresuradamente en el patio por una puertecilla lateral. El coronel Sorrento, pues éste era su nombre, era el jefe militar de la policía. Además de este importante cargo, desempeñaba el de Ministro de Guerra de la República. La combinación permitía al poder civil ser apoyado cuando se estimaba necesario, o deseable, tomar determinaciones enérgicas. La

medida resultaba muy apropiada a las circunstancias. Generalmente, Sorrento era un hombre sereno y tranquilo. Había visto muchos combates y batallas del tipo de las que no reconocen cuartel y había sido herido en diversas ocasiones. Se le consideraba como un hombre valiente y flemático. Pero hay algo conmovedor en la indignación concentrada de una multitud, y la actitud del coronel desmentía el hecho de que fuera insensible a ella.

—¿Está usted herido, señor? —preguntó mientras miraba al rostro del Presidente.

—No es nada... una piedra. Pero se han mostrado muy violentos. Yo esperaba poder alejarme antes de que la noticia se hiciera pública... Alguien ha debido de soliviantarlos. ¿Quién les ha hablado?

—Moret, el Consejero Cívico, desde el balcón del hotel. ¡Es un hombre muy peligroso! Dijo al pueblo que ha sido traicionado.

—¿Traicionado? ¡Qué audacia! Es seguro que esa afirmación cae dentro de lo establecido por el apartado 20.0 de la Constitución: *Incitar a la violencia contra el Jefe del Estado por medio de la falsedad o por otro procedimiento...* — El Presidente era muy versado en las cláusulas de la ley pública que habían sido instituidas para fortalecer las manos del poder ejecutivo—. Ordene que le detengan, Sorrento. No podemos permitir que la dignidad del Gobierno sea injuriada impunemente... O acaso sería más prudente mostrarse magnánimos, puesto que la cuestión ya está resuelta. No quiero que ahora intervenga el poder judicial. —Y añadió con voz más fuerte—. Este joven oficial, coronel, ha cumplido su deber con excelente decisión... Es un magnífico soldado. Tenga la bondad de tomar: nota de ello. Los ascensos deben obtenerse siempre por méritos, no por antigüedad; por servicios, y no por servicio. No olvidaremos su comportamiento, joven.

Subió las escaleras y entró en el vestíbulo del Palacio dejando al subalterno, un muchacho de veintidós años,